

UN MES.

Madrid. . . . . 4  
Provincia. . . . . 5

## EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. . . . . 40  
Provincia. . . . . 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

## SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

## AMOR Y FATALIDAD.

## LEYENDA CABALLERESCA.

(Continuacion).

—¿No os lo dije en nuestra anterior entrevista? Roberto, empiezo á creer en vuestra desventura ó en vuestro exceso de felicidad.

—Y no pensareis mal en creer lo primero.

—¿No os casásteis con la que amábais? ¿No es vuestra esposa un ángel? ¿No os amais? ¿No tenéis un nombre ilustre?... ¿De qué os quejais? ¿Porqué llamarse infelices?... ¿Qué nombre deberé tomar yo sin familia, sin nombre, enamorado de un imposible?...  
—Calmaos, calmaos, Luis, y no vayais tan lejos, interrumpió Roberto, ¡ay de mí que vues-

sino el cielo. Florinda yace postrada en el lecho del dolor.

—¿Cuál es su padecimiento? volvió á preguntar con mas ansiedad don Luis.

—No sé, perdió el conocimiento, que ayer no habia aun recobrado, delira, y su mal creo yo... Roberto no acabó su frase, pero su tristeza se aumentó.

—¡Cielos! exclamó Richemont apretando los puños, y dejando caer el objeto que á la llegada de Roberto contemplaba, otra desgracia.

—Richemont, ¿osareis blasfemar así del divino poder?... dijo con severidad Roberto mirando al suelo, como para explicarse la exaltación de Luis, que se le figuraba habia en ella otro móvil que la amistad.

El suelo esta vez contestó á su duda.

El primer punto de vista de su mirada fué el objeto que de las manos de Luis se escapara hacia poco, aquel objeto no era sino un retrato, al que se le antojó al de Acuña conocer su original; levántole del suelo y no daba crédito á lo que veía. Era de ella, era de Florinda, ¿cómo estaba en poder de don Luis? ¿Por qué habia llevado su dolor á tanto extremo? ¿Qué relaciones habia entre Florinda y él?

No hay duda que se amaban: la repentina indisposición de ella al saber que su matrimonio con Roberto era un hecho; la tristeza de Richemont, la contemplación del retrato, su alegría

ballero, bien, cruzaremos nuestros aceros.

—Pronto estoy á daros la satisfacción que me pedis, caballero, contestó con sossegada voz Luis, pero no os la daré sin enterraros primero que no sé si soy noble, plebeyo ó judío; ¿quién es Richemont? ¿de dónde salió Richemont? Oigo decir en mi derredor; y todos se burlan de mí y me señalan con el dedo; y estoy como maldito... Amo y me aman; á la muger de mi amor la ha hecho desgraciada mi pasión... solo la Providencia puede salvarla; mi amistad no trae sino infelices. La muerte ¿creéis que la temo? De ninguna manera; será el lecho de rosas donde descansé del camino erizado de espinas que en la vida he atravesado... ¿Qué derechos alego á la felicidad?... Mis hazañas, mi valor, mis virtudes... Já, já, já... un bastardo, un miserable, un vagabundo, no debe saltar la barrera que la suerte le puso... La muerte será mi única delicia, deseaba encontrarla, pero ella me detenía, ella la arrebatara para siempre su guadaña, no la veré sino allí, me aguarda risueña en otro mundo; ven, ven, me dice... Crucemos pronto nuestras espadas, quiero que sea ahora mismo.

Estas incoherentes frases que Richemont vertió, conmovieron profundamente á Roberto, que tenia uno de esos caracteres nobles y enérgicos, una alma grande capaz de grandes acciones, y que los mayores sacrificios eran, por decirlo así, como patrimonio suyo. En su relación del torneo, vimos que á pesar de ser el héroe de la fiesta, admiraba sin embargo, el valor y pujanza de sus adversarios y amigos, y que casi los creía superiores á los suyos. Enamorado ardientemente de Florinda, rechaza su mano con nobleza en caso que á ella le repugnase este enlace, y ahora que conocía que la hermosa no le amaba, que habia representado el papel de un tirano, que amaba al hombre que le habia salvado la vida, al hombre que á pesar de amarla con delirio, sufría en silencio el martirio de verla pasar á otros brazos. Sus nobles cualidades y la superioridad que Luis tenia sobre él, sublevó su noble orgullo de no portarse con menos generosidad que Richemont; así que su furor, sus celos, desaparecieron, substituyéndoles la compasión y la amistad, jurando contribuir por cuantos medios pudiera al mejor éxito en los amores de los dos jóvenes. Con voz dulce dijo á don Luis:

—¿Amáis á Florinda?

—Si, la amaba con puro amor, destinábala para mi esposa; en esta confianza nuestra falta fué grande.

—No os comprendo, habeis dicho fué grande; confiad en mí, aun podrá componerse... ¡qué diantre! todos los males tienen su fin.

—Los míos no lo tendrán nunca.

—Os digo que confieis en Dios y en mí, y todo se arreglará satisfactoriamente... me habeis salvado la

vida, y deber mio es pagaros deuda tan sagrada.

—Escuchad si así lo quereis, una historia de desdichas, que mas trabajo os costará á vos oirla que á mí contarla.

—Os escucha uno de vuestros mejores amigos, Luis.

Este alargó su mano á Roberto, que se la apretó con efusión.



La desgraciada se retorcia en horribles convulsiones.

ros asertos son falsos... ¡Mi matrimonio no se ha verificado!

—¡Decís que no se ha efectuado! exclamó vivamente Richemont.

—No: hoy era el día destinado... pero la fatalidad se ha opuesto.

—¿La causa? ¿Se ha negado ella? ¿Su padre? preguntó con ansiedad don Luis; perdonad este interés, Roberto, efecto de nuestra amistad.

—¡Ah! mi buen amigo, nadie se ha opuesto

al participarle lo libre que era aun Florinda, sus blasfemias al conocer su enfermedad, eran pruebas incontestables de su mutuo y recíproco querer. Roberto no pudo contener su despecho, y con voz tonante gritó:

—¿Qué es esto? ¿Con qué derecho poseéis este retrato, caballero? debeis saber de quién es; y Roberto se cruzó de brazos, esperando una respuesta que el otro no se curaba de darle.

—No os sinceráis, no respondeis: bien, ca-



## VIII.

## EL BASTARDO.

Don Luis era un hermoso joven, sus ojos eran rasgados y azules, su frente espaciosa; su bigote rubio caía sobre unos labios perfectamente perfilados; sus luengos cabellos parecían un marco de oro de su alabastrino rostro; su estatura elevada, su continente noble, su vestido rico y de un elegante corte. Parecía que la historia que había prometido contar á Roberto, debía costarle mucho el verificarlo; su faz sombría así lo indicaba. Luchaba entre hacer una fría y breve relación de su vida, ó descubrir su alma al que con tanta generosidad como franqueza se le dedicara; Luis prefería lo primero, pero su corazón le arrastraba á lo segundo, y aun á valerse de los desinteresados ofrecimientos del caballero, decidido á revelar hasta lo mas recóndito de su corazón, rompió el largo silencio que á la ratificación de su novel amistad se siguió.

—Os confieso que á conocer vuestra nobleza como conozco, no osaría decir lo que á revelaros voy, aun á riesgo de perder para siempre vuestra preciosa amistad, lo que sería para mí un golpe muy sensible.

—Injusto sois, á fé mia, Luis, ¿qué, en necias consideraciones fundais la amistad? no, os equivocais, hablad, un verdadero amigo os escucha.

—Oid, nada os diré de mis padres, porque nunca conocí el origen de mi descendencia ¿soy noble ó no lo soy? las personas que me criaron me aseguraron el ilustre origen de mi familia, pero nunca de ellos pude conseguir que aclararan este interesante punto de mi vida. Pasé mi venturosa infancia en una humilde cabaña, en compañía de un niño que segun decían era muy parecido á mí, y al que me acostumbé á dar el tierno nombre de hermano; el niño correspondía á mi cariño, y nos amábamos con extraordinario querer. Un día que jugábamos los dos á la puerta de la mansión de la buena muger que velaba por nuestra existencia, un hombre embozado en una larga capa, con voz ronca nos preguntó:

—Niños, ¿es esta la cabaña de Marta?

Miramos al desconocido sin que le conociéramos, nos estremecimos, y contestamos:

—¿Marta?... sí, esta es su cabaña.

—¿Dónde está la buena muger?

Marta á este tiempo salió de la choza á enterarse de lo que ocurría.

—¡Marta! gritó el desconocido, y Marta se puso á temblar conduciendo al hombre al interior de nuestra habitación, y encargándonos con severidad que no osáramos penetrar dentro.

Niños como éramos, olvidamos á poco esta escena, cuyas consecuencias no tardaron en conocerse. Marta y nosotros dos abandonamos el país, y después de caminar muchos días, nos establecimos en una hermosísima y deliciosa vega. Esta fué la única época de mi misera vida, en que fui feliz olvidando mis angustias y desdichas. Allí pasaba la vida aprendiendo á manejar el potro y la lanza, el broquel y la espada, que un anciano soldado que visitaba á Marta nos enseñaba á nosotros dos; allí me entusiasmaba oyendo contar al guerrero sus hazañas contra los moros; allí nos contaba las proezas del Cid y de Bernardo, que tomábamos por tipo de nuestra futura conducta. Siempre que le oíamos que una parte de nuestro país estaba en posesión de los enemigos de nuestra fé, nuestra indignación se inflamaba, y de buena gana hubiéramos empuñado la oriflama de la cruz en una mano y la espada de la reconquista en la otra para su completa espulsión de la Península. Allí los Pelayos, Alonsos y Fernandos, nuestros reyes muy venerados, eran el objeto de nuestra admiración; su gloria llenaba de regocijo nuestros españoles pechos. ¡Ah! ¿Qué poco duró nuestra venturosa y placentera existencia! El hombre que ya nos había hecho mudar de residencia no cesó en su persecución; vino de nuevo á hablar con Marta, y esta vez la entrevista fué fatal.

Nos separaron para siempre á mi hermano querido y á mí: á él se lo llevó el embozado, no me quisieron decir dónde, y á mí me hicieron embarcar, prohibiéndome el regreso á mi patria, asegurándome que mi padre, traidor al

rey, fué públicamente ajusticiado, dejándome por única herencia la deshonra, la vergüenza y hasta la muerte si tenía la imprudencia de presentarme en la corte; que un pariente mio me había acogido y ocultado á miradas humanas, pero que descubierto ya mi retiro, peligraba su cabeza y la mia, y que habiéndose visto obligado á hacerse alejar de España como única salvación, creía que no regresaría nunca al ingrato país que me diera el ser; al mismo tiempo se pusieron en mi poder varios pergaminos, en los que vi por primera vez el infamado nombre de mi padre, y en uno de aquellos pergaminos me indicaba que tomase el nombre de Luis de Richemont, fingiéndome bastardo á fin de borrar cualquier rastro para evitar una injusta persecución.

Corrí la Francia, Inglaterra, Italia; en todas partes ardía la guerra, y en todas partes los servicios de mi espada fueron recompensados: pasaron cuatro años en estas correrías; mi única ambición era volver á mi patria; rompí por todos los obstáculos, importándome poco que cortasen el hilo de mi aventurera vida; por otra parte, los moros, que veían perder su conquistado país, defendían palmo á palmo el terreno; como español, creía un deber mio ayudar á mis hermanos en tan gloriosa y cristiana empresa, que tanto en mi infancia me entusiasmara, y que el temor de un peligro personal me hizo olvidar; ¿qué importaba yo, cuando mi rey, siendo el único dueño de mi vida, necesitaba la ayuda de mi brazo? Volví á España, y con asombro mio, el rey, lejos de alejarme de su lado, me colmó de honores hasta honrarme con su confianza. Marta había desaparecido, procuré huscarla, pero mis diligencias fueron inútiles.

Era una oscura noche, paseaba un sombrío camino, sumergido en hondas reflexiones, cuando unos lastimeros gemidos llamaron mi atención; desnudando mi espada me puse en dirección de donde salían, y logré poner en huida unos miserables bandidos que habían puesto fuego á una quinta penetra en su interior y saco una casi quemada anciana, cuyos gritos de angustia y dolor me aterraban. Creía reconocer sus facciones, creía también engañarme.

—Marta, dije con voz opaca, y la moribunda anciana, abriendo sus ojos, exclamó con inteligible acento:

—Luis, te engañan, no es tu padre...

—¿Qué, ¿sois Marta? ¿No seré hijo del infamado traidor?

—No, Luis, tu padre... contestó Marta con voz trabajosa y murmurando una palabra, que á pesar de mi gran atención por oirla no pude comprender.

—Marta, por el Dios eterno á cuya presencia vas dentro de poco á comparecer, ¿quién es mi padre?

—¡Es!... ah, no, no, añadió horrorizada... lo juré... y la infeliz se retorcia las manos; nunca, Luis, lo sabrás... Me muero, ¡ay de mí! Perdon, perdon!

La desgraciada se retorcia en horribles convulsiones; traté de volverla en sí para trasladarla á la inmediata ciudad; era tarde, mis cuidados los recibía un cadáver. Aquel espectáculo me conmovió profundamente, y aun mas todavía, el secreto que á Marta se le escapó, y que me volvía á eternas confusiones de ambigüedad y duda. ¿Quiénes eran mis padres?

El rey seguía colmándome de favores, yo, deseoso de pasar una vida oculta, pedile permiso para retirarme á un castillo de que su munificencia me hiciera donación algun tiempo antes. No sin trabajo lo conseguí.

En el castillo, la tranquilidad del campo hizo renacer en mí un poco de calma; no tenía en ella poca parte Florinda, á quien vi en una cacería en la que mi tenacidad en seguir una fiera me hizo extraviar y conocer la estrella, el áncora de mi salvación. La amé y me amó; pasaré por alto las zozobras é inquietudes que tuve hasta tener la certeza de su amor. El día que lo averigüé creí volverme loco. Don Beltran en este tiempo estaba ausente; una comisión que su rey le diera le precisaba ausentarse de sus dominios señoriales. En el tiempo que su ausencia duró, la vehemencia de nuestro amor nos obligó á cometer una falta que la ceguedad de la pasión consideraba fácil de reparar. Flo-

rinda fué madre antes del regreso de don Beltran.

Al llegar á este punto de su relación, don Luis bajó su cabeza y calló.

Roberto suspiró mirando apesadumbrado á su amigo, y guardó silencio.

—Después consideré que aunque el rey se interesara en nuestros amores, don Beltran jamás consentiría en enlazar la noble alcurnia de su sangre con la de un bastardo, hijo tal vez de familia ruin y villana; haciendo estas consideraciones sufría mucho, no atreviéndome á confiarlas á mi amada, que confiaba en mí y se conceptuaba feliz en ser correspondida con igual cariño del que me profesaba. Un día atrevíme á confesarla nuestras mutuas posiciones: al pronto se sobrecogió; después, cobrando un valor del que nunca la creyera capaz, me dijo: «Nadie mas que el padre de mi hija será el esposo de Florinda, y nadie mas que él tiene derecho á su amor.» Estas palabras quitaron un peso enorme de mi pecho, y aguardé. Lleno de ilusiones para el porvenir estaba hará seis días, sorprendiéndome en ellas la buena Gervasia, confidente de nuestra falta, y me hizo del hombre mas confiado el mas misero que existe. La Gervasia vino á participarme que no tardaría en presentarse en el castillo de don Beltran el esposo futuro de su hija. «Su nombre, grité impaciente.

—Don Roberto de Acuña, contestó.» Este nombre me puso fuera de mí; sabía vuestras nobles prendas, temía que Florinda os correspondiese, ó que el temor hacia su padre la obligase á olvidarme; este pensamiento me desesperaba, haciéndome maquinan planes repugnantes, que por fortuna mia, pronto los desechaba como indignos de mí, avergonzándome de haberlos imaginado. Nada oculto tendré para vos, Roberto; supe que habíais de presentaros en el torneo, y me presenté en él con ánimo de disputaros el premio, para que una victoria no os hiciera apoderaros del corazón de la que amo; las circunstancias se encadenaron de tal manera, que en lugar de justar con los mantenedores luché con los retadores; y confiaba ya en el premio, cuando mi suerte, mi desgracia y mi torpeza, hicieron no solo privarme de la gloria, sino sufrir la vergüenza de una ignominiosa fuga; en verdad digno castigo de mis pasiones y orgullo.

Despechado salí del palenque, viendo la imposibilidad que de luchar tenía con vos, é ideé una ruindad que debéis perdonármela, en atención á la posición en que me encontraba y á vuestra conducta desinteresada que tanto contrasta con mi necio egoísmo. Imaginé salir al camino con mis gentes y escuderos, y deteneros en mi castillo con intención de guardaros en él hasta obtener de vos formal renuncia á la mano de Florinda. Bien sabéis lo que sucedió; mis gentes obedecieron mis mandatos, y yo desde una eminencia próxima al lugar del combate, presencié vuestras heroicidades; cediendo á un impulso de mi corazón, no fui dueño de ponerme á vuestro lado y defender la vida de tan valiente campeón; mis hombres de armas se sorprendieron de mis brascas é inconsecuentes ideas, y tentaciones tuvieron de continuar la refriega; afortunadamente para vos y para mí, una palabra mia bastó para volverlas á la obediencia, y á salvaros una vida que pocos momentos hacia quería haber estinguido.

Richemont calló, Roberto sonriéndose le dijo:

—Sois mas desgraciado que criminal, y no sé si en vuestro lugar hubiera tenido yo la grandeza de ánimo que vos; me salvásteis la vida, pues á no haber sido por vos, vuestras gentes hubieran acabado conmigo, y no contento con hacerme merced de la vida; me disteis un generoso bruto, que en cortos instantes me llevó á la mansión de vuestra amada, aun sabiendo que él iba á ser su esposo con consentimiento de su padre.

—Roberto, os consideraba hasta mas digno que yo de ser su esposo.

—Ahora bien, pondré todo el influjo que en don Beltran tengo para que consienta en vuestro enlace con su hija.

—¡Ay de mí! no decís que Florinda...

—No hay que desanimarse, porque si don Beltran ama su nobleza, mas ama á su hija, y creo yo que la diera gustoso por verla fuera de todo cuidado... vamos, creo que esta enfermedad de



Florinda va á ser vuestro mútuo remedio, porque no pongo en duda que la alegría de la hija de don Beltran la curará de su actual mal.

—Dios lo haga, ¿pero por qué no he de renunciar á su mano? ¿Por qué he de ser menos noble que vos?

—Sois el padre de su hija, Luis, dijo severamente Roberto.

—Teneis razon, ojalá vuestros pasos tengan resultados.

—¡Valor y resignacion! Voy veloz á ofrecer su único remedio á Florinda; el cielo os guarde, repuso Roberto despidiéndose.

—El os guie, respondió Luis acompañando á su amigo hasta la puerta de su castillo.

(Se continuará.)

## VAN DYCK.

(Conclusion).

V.

Va se comprenderá fácilmente que no tendría nuestro artista muchos ratos de ocio. Un día, sin embargo, puso en ejecucion el deseo que por largo tiempo habia tenido de trabar conocimiento con el célebre retratista Francisco Hals.

Francisco Hals pasaba por uno de los hombres de mas relevante mérito: extraño á la política y á la sociedad, hallaba su mas grande alegría en el aislamiento de su casa. Entre los artistas que entonces florecian en el Haya, él solo habia rehusado el trato de Van Dyck, que era de todos solícitado por su carácter amable y sus maneras seductoras.

Van Dyck se presentó en casa de Francisco Hals.

—Señor, le dijo; yo soy un extranjero. Vuestra reputacion ha llegado á mi noticia...

—Eso me agrada, contestó bruscamente el holandés. Es un honor que no merezco. ¿Puedo servirlos en algo?

—Debeis adivinarlo; cuando se visita á un retratista es para recurrir á su pincel.

—Entiendo. ¿Será buena la paga?

—A medida de vuestros deseos.

—No hay mas que decir. Sentaos en ese sillón.

Van Dyck se sentó: Hals empezó el retrato: era un hombre que todo se lo hallaba hecho. Tanto por desembarazarse de aquel elegante, como por ganar pronto su dinero, pintó á grandes pinceladas: la sesion fué tan bien aprovechada, que con ella se terminó el retrato.

—Perfectamente, dijo Van Dyck, he aquí un corte que me parece un poco forzado. Estas sombras lo están tambien.

—¡Diantro! Caballero, hablais como un artista. ¿Sabriais por ventura manejar los pinceles?

—Algo: y con gusto os mostraria lo que sé hacer.

—¡Vos! ¡Un simple aficionado!...

—¿Quién sabe? Acaso no tendreis por qué arrepentiros de aceptar mi proposicion. Sentaos ahora en el sillón en que me habiais colocado: dadme vuestra paleta y estad tranquilo.

—¿Cómo? ¿Queréis retratarme? ¿A mí? ¿A Francisco Hals?

—Justamente.

—¡Ja! ¡ja! ¡Vaya una escena cómica! Retratadme si quereis; pero os advierto que no por eso me pagareis menos.

—El trato es trato.

Van Dyck empezó y terminó el retrato de Hals con una rapidez y una maestria de que este estaba maravillado.

—Esperad, le dijo el grande artista; es preciso que ahora firme.

Tomó bermellón y escribió su nombre.

—¡Dios mio! exclamó Francisco Hals contemplando con avidez la obra y la firma. Vos podeis ser mi maestro; aunque aquí no hubiéseis escrito *Antonio Van Dyck*, yo hubiera reconocido la mano de un hombre superior. Disimulad mi groseria...

—¿Consentís en el cambio?

—¡Que si consiento!

—Por mi parte, Hals, llevo mi retrato. Llamado á Inglaterra, á la corte del rey Carlos I, enseñaré este cuadro á los inteligentes. Este será un medio para que á vuestro turno emprendais el mismo viage.

—Muchas gracias, replicó el holandés; yo no tengo ambicion. ¿Qué necesito para ser feliz? Mi tabaco, mis pinceles y mi humilde taller. Vos, mi noble Van Dyck, corred tras la fortuna y procurad guardarla bien.

VI.

En el palacio de White-Hall, que debia ser mas tarde el teatro de la muerte de un rey, una corte elegante se agrupaba en torno de su soberano.

Van Dyck, á quien beneficios sin número, prodigalidades y encargos multiplicados y pagas magnificas, habian atraído al servicio de Carlos I, retrataba á este monarca con tanta satisfaccion, con tan particular enidad, que produjo ese hermoso retrato que llegó á ser célebre y hoy adorna el Louvre.

La reina María Enriqueta, acompañada de sus hijos, habia querido honrar con su presencia el trabajo de Van Dyck.

Era aquel un momento de calma, de tregua en medio del sobresalto de un gobierno batido en brecha por la oposicion violenta del parlamento y el sombrío fanatismo de los presbiterianos escoceses.

Carlos sonreía con las agudezas de Van Dyck, y de este modo olvidaba sus penas, cuando aparecieron dos hombres graves é importantes por su carácter y su autoriad: eran lord Wentworth y Land, arzobispo de Cantorbery.

A su aspecto se estremeció la reina.

—¡Aun la política! exclamó. ¡Siempre esos cuidados!

—¿Señores! ¿Qué hay de nuevo? preguntó el rey; ¿qué os trae por aquí á estas horas?

—Señor, respondió lord Wentworth, mi gobierno de Irlanda se hace cada dia mas difícil. Estoy seguro de que se me ha calumniado, y vengo á justificarme.

—Es inútil, jamás habeis poseído mi confianza mas ampliamente; ¿y vos, mi querido Land?

—Señor, respondió este último, necesitamos dinero.

—Haced lo que querais: vended mas caros los derechos de edificar, los de hacer productibles las tierras de labor... aumentad las contribuciones; pero dejadnos ahora.

—Señor, eso aumentaria los descontentos.

—Se les hará entrar en razon. A propósito ¿no ha habido un nuevo arresto?

—Sí, señor, miserables libelistas: Prynne, Burton y Bastwick. Acaban de ser condenados á cinco mil libras esterlinas de multa, y prision perpetua.

—Está bien, dijo tranquilamente Carlos: mi querido Van Dyck, volvamos á nuestro trabajo. A propósito, ¿en qué pasais vuestras horas perdidas?

Van Dyck saludó profundamente, y contestó haciendo maniobrar su hábil pincel.

—Pues V. M. se digna preguntarme, debo confesar que las paso muy divertidas.

—¡Bravo! ¡Hay en mi reino un hombre dichoso! ¿Trabajais mucho?

—Los mas grandes personajes de la corte, á ejemplo de su ilustre señor, me piden sus retratos.

—¿Y cómo podeis hacer frente á tanto trabajo?

—Valiéndome de una supercheria. Hacen por mí lo que yo he hecho por Rubens: yo dibujo y bosquejo la figura, mis principales discipulos, Hanneman, Bertrand, Fouchier y Benedetto Castiglioli, la continúan y acaban, y luego yo doy los toques que establecen la armonia.

—He ahí una habilidad admirable; pero si ganais tanto dinero ¿por qué teneis siempre tan poco?

El artista sonrió, y contestó casi balbuceando.

—Es que yo tambien tengo mi corte.

—¿De veras? ¡Ah, Van Dyck! Vais por muy mal camino: yo sé que eso cuesta mucho.

—En mi casa está de continuo puesta la mesa...

—Entonces no os faltarán amigos.

—Y una orquesta que toca durante la comida.

En fin, me he enlazado á la virtud, á la noble-

za y á la pobreza, casándome con la hija de mi lord Ruthwyen, conde de Gorre...

—Es verdad, os habeis unido á la familia real de Escocia... No son esos pocos honores, querido Van Dyck; pero, creedme, haced que el artista se olvide de tiempo en tiempo de su papel de rey.

—Señor, yo os agradezco consejo tan prudente, y haré todo lo posible por seguirlo.

VII.

Van Dyck olvidó el consejo, y continuó en su vida de prodigalidades. Algunos años despues, en 1644, joven todavia, sucumbió á la tisis. Todos sus bienes se habian fundido en los crisoles de los alquimistas, como si el gran artista no tuviera en sus pinceles el secreto de hacer oro.

¡Triste leccion para aquellos que abusan de los dones que el cielo les ha prodigado!

## MISCELANEA.

AGRICULTURA.—GRANEROS Ó SILOS SUSPENDIDOS, INVENTADOS POR FELIPE GIRARD.—La conservacion de los granos ha sido siempre una de las cuestiones de economia rural que han atraído mas la atencion de los agricultores. No basta, en efecto, en recoger una buena cosecha: es preciso ocuparse en preservarla de todo deterioro, ora por la humedad, ora por los insectos de diversas especies. Hacia la mitad del siglo pasado, Duhamel de Monceau estudió esta grave cuestion. Fué enviado al Augamois para buscar los medios de librar los graneros de aquel pais de la *alucita*, que comenzaba á ejercer allí sus estragos. A pesar de los procedimientos empleados, desde aquella época el insecto se ha multiplicado extraordinariamente, y ha ocasionado la ruina de un gran número de labradores, que no pueden preservarse de él ni aun á las puertas de la capital.

Hace algunos años que la carestía del pan ha estimulado el celo de los hombres inteligentes que se han ocupado de la conservacion de las cosechas. Hemos visto una prueba de esto en la esposicion universal de la agricultura, donde se han presentado los medios brillantes y fecundos para el porvenir de la industria agricola en todo el mundo.

Entre los muchos inventos, ora para preservar los granos de la humedad y de los insectos, ora para secarlos en los almacenes mismos y limpiarlos sin necesidad de sacarlos de allí, el granero de Felipe Girard ha parecido ser uno de los que ofrecen mas ventajas de economia bajo todos aspectos.

Felipe de Girard, tan conocido por sus ingeniosas invenciones mecánicas, y notablemente por su máquina de hilar el cáñamo, se ocupó en la construccion de un granero que pudiese contener masas considerables de grano, buscando al mismo tiempo medios de secarlo, despues de haberlo preservado de los insectos y limpiarlo en las mismas trojes ó graneros de un modo fácil y de poco coste. Tal ha sido el problema que ha tratado resolver Felipe de Girard. El modelo del granero que ha imaginado con este objeto, parece ofrecer todas las ventajas que se proponia su ingenioso inventor. El granero puede hallarse dispuesto para la conservacion de grandes cantidades de trigo, como para las trojes de nuestras casas de campo ordinarias. El motor que se emplea para el almacenaje, para secarlo, para removerlo, darle aire y extraerle, puede ser indistintamente ó el agua ó el vapor, segun los lugares donde esté construido el granero, ó segun su importancia.

Creemos útil llamar la atencion de los aficionados á la agricultura y de los labradores sobre el granero de Felipe de Girard, á fin de que puedan emplear las ventajas que parece ofrecer para la conservacion de uno de los productos mas preciosos y mas importantes para la subsistencia de los pueblos.

FREMONT Y UNA ESCENA EN CALIFORNIA.—Frémont, el célebre viagero, el salvador de la



California, tiene grandes esperanzas de ser elevado á la silla presidencial de la república de los Estados-Unidos en las próximas elecciones. Sus hechos y proezas anteriores le caracterizan perfectamente, y pueden dar una idea de lo que sería, puesto á la cabeza de la poderosa república trasatlántica.

Oigamos, pues, lo que un testigo presencial refiere:

Un negocio particular me llamaba á principios de 1847 á la California. Habiéndome detenido largo tiempo en el litoral del mar Pacífico, y familiarizándome con la lengua, hábitos y costumbres de las gentes que viven en aquellas costas, fui comisionado por una de las principales casas de comercio para proceder á la compra de un número muy considerable de cueros en aquel país, puesto que con la guerra sostenida entre los Estados de la Unión y Méjico, el tráfico internacional se había casi reducido á la última espresion. Ya por entonces era la California para los norte-americanos un país muy codiciado, si bien no se tenía aun noticia respecto á la fabulosa riqueza de las minas auríferas. Los puertos y la facilidad del tráfico con la China despertaron tamaña aspiración.

Los californienses indígenas, que habían gemido durante luengos años bajo la opresión de gobernadores despóticos, prometieron á los norte-americanos el someterse á su poder tan luego como se presentara una ocasión favorable, mientras que algunos de sus gefes, que odiaban todo cuanto oía á *Yanke*, y que por lo mismo recibieron recompensas personales de consideración del gobierno mejicano, no cejaron un solo momento en aguijonear al pueblo á que acometiera á los norte-americanos. Manuel de Castro, hombre muy poderoso y respetado en el país, preparó efectivamente un ataque contra la Puebla de los Angeles, en donde tenía Kearny con algunos parciales su cuartel general. Los emisarios de Castro recorrieron el país en todas direcciones, concitando á los habitantes á que se afiliaran para espulsar del país á Kearny; mas circunstancias inesperadas dilataron la ejecución de tamaño ataque.

Hallábame en la quinta de mi antiguo amigo el general Martínez Vallejo, uno de los poderosos terratenientes de California, pues era dueño de sesenta millas cuadradas inglesas de tierra, con 40,000 cabezas de ganado vacuno y lanar, y de unos cuantos centenares de caballos. Fué en otro tiempo gobernador militar de aquel país, y abrigaba en general bastantes simpatías por los norte-americanos. Su casa, construida de sillares, es de dos pisos, y está rodeada de una tapia. Su familia ascendía á unas veinte personas.

Una noche, estando en el primer sueño, fuimos súbitamente despertados por los ladridos de los perros y gritos desaforados de hombres. Como en los primeros momentos infiríésemos que sería acaso una banda de ladrones, que tiempo hacia ya, tenía alarmado el país con sus correrías, bajamos todos tan pronto como pudimos al patio, cada uno con su arma, y por cierto en traje y talante por demás pintoresco. Acudió por último también el general espada en mano, y preguntó con voz estentórea:

—¿Quién?

—¡Americanos y amigos! fué la respuesta. ¡Abrir la puerta! Y al concluir estas palabras dieron un terrible golpe contra ella.

Fué menester ceder á la intimación, y he aquí que al abrir la puerta nos vimos con una partida como de unos cincuenta ginetes perfectamente armados. A la cabeza de los mismos distinguimos á un hombre de pequeña estatura, de aire rígido y semblante tostado del sol, mirada amenazadora é imperiosa, y de una actitud que á pesar de su traje sencillo daba á conocer que había nacido para el mando.

Era Fremont.

—Soy oficial de los Estados de la Unión, dijo el mismo, y me encuentro en camino para Los Angeles. ¡Necesito caballos!

—Pero... interrumpióle Vallejo.

—No valen peros; ¡necesito caballos! Mi gobierno os indemnizará. Mando, pues, que pongáis á disposición de mi gente todos los caballos que teneis en el corral.



Vista de San Francisco en California.

Como Vallejo conociera que toda resistencia era inútil, llamó á sus criados y dióles las instrucciones necesarias para que tuviera lugar la entrega de los caballos.

Fremont se entretuvo en el entretanto conmigo y con un amigo mío, que casualmente le había visto ya antes.

—Tengo noticia que Los Angeles van á ser atacados por Castro; seis días me quedan hasta que Castro haya terminado sus aprestos; quiero estar allí lo mas pronto posible, y para ello necesito caballos.

—¡Y la distancia! ¡Seiscientas millas inglesas hay... ¡Y los caminos!...

—Ya llegaremos con oportunidad, os lo aseguro, dijo Fremont, y se separó de nosotros para inspeccionar los caballos embargados.

Al cabo de media hora rompió la marcha con su gente y con los caballos de Vallejo en número de 300. Vimosle partir y nos miráramos atónitos unos á otros, pues no sabíamos si aquello era un sueño ó una realidad.

Desde Sonoma, punto en que tuvo lugar este suceso, hasta Yerba Buena, pueblecillo en cuyo sitio se encuentra en el día San Francisco, la reina del mar Pacífico, aumentó el número de caballos hasta 4,500, y entonces púsose en movimiento para terminar su expedición, única en la historia. Los caballos desmontados iban en vanguardia, tomándose la columna tan solo el tiempo mas indispensable para comer un poco de carne de búfalo asada, y para dar algun descanso á los caballos. Los caminos en aquel país, por lo regular en todo tiempo fatales, se hallaban entonces en malísimo estado, tanto, que aun los californienses podían á veces solo con extraordinario trabajo hacer unas diez millas inglesas.

Si alguno que otro caballo fenecía, plantaba el jinete la silla en otro de los desmontados, y proseguía la marcha. Fremont se encontraba siempre á la cabeza de su tropa, y era siempre el primero para montar y el último para echar pie á tierra. Apenas salía una palabra de sus labios, á no ser para estimular á su gente para avanzar, y su imaginación solo se ocupaba con el pensamiento y el afán de llegar con oportunidad al punto del combate.

Al sexto día vió desde lejos el término de su expedición, y con la rapidez del rayo arrojóse sobre la retaguardia de los mejicanos que se encontraban allí acampados. Había llegado el momento extremo, pues la guarnición de Los Angeles no hubiera podido sostenerse medio día mas. Como apercibiérase en lontananza la llegada del socorro, reanimáronse los desalentados defensores. Los ginetes de Fremont se aproximan cada vez mas; nada se resiste á su ímpetu, y... la victoria fué alcanzada. Si los soldados de Fremont no hubieran estado tan sumamente fatigados, pocos mejicanos se habrían salvado.

Esta ha sido la para siempre memorable expedición de Fremont con su centenar de valientes, sin par en la historia, como ya lo hemos indicado, y su éxito feliz puso término á la guerra. Los norte-americanos lograron una base sólida, y la conquista de la California

pasó á la esfera de los hechos consumados. Quedó, pues, este país definitivamente incorporado á la grande república estrellada, y Fremont, que en su carácter de coronel del ejército de la Unión se había retirado del servicio, y casándose de allí á poco con la hija del coronel Benton, el muy distinguido estadista y senador por Missouri, se hizo ciudadano de la California, cuyas puertas había él preferentemente abierto al mundo, y su nueva patria agradeciósele.

John C. Fremont nació en 21 de enero del año 1813 en Savannah, en la Carolina del Sur. Su padre era oriundo de Francia, y su madre natural de Virginia. Hay grandes probabilidades para que Fremont salga triunfante en la presente y empeñada lucha electiva de presidente: de

todos modos, sea como quiera, es hombre de un gran porvenir.

UNA AVENTURA DE BOBECHÉ. Bobeché era un barquero bufon, á quien celebraban mucho los sabios franceses de 1817 á 1827, por las gracias que tenía, y del que se han recogido varias anécdotas.

Queriendo un día tomar un oficio, echó á andar por las calles gritando: «Se vende un criado, se alquila un criado, se presta un criado; criado para mantener, criado para pagar, criado para beber bien, para comer, para no hacer nada, para dormir con la señora de la casa, para pegar á las criadas, para echar alamo por la ventana.»

Uno le llamó.

—Oye, amigo, ¿no teneis casa?

—Acabo de salir por la ventana.

—Pues bien, yo os tomo á mi servicio.

—Sois muy bueno, señor.

—Pero es preciso que yo sepa antes á quien habeis servido.

—He servido en casa de un sacristán, á cuya peluca echaba polvos.

—Adelante.

—He entrado en casa de un inválido que había perdido las dos piernas en el ejército, y cuyas botas tenía que lustrar cuando montaba á caballo.

—Muy bien, adelante.

—He estado un año sirviendo en casa de un caballero para formar la educación de su hija; me había dado sobre ella toda su autoridad paternal, maternal, fraternal, tiernal y sempiternal.

—Vamos, basta; ¿pero qué es lo que me llevarás si entras en mi casa?

—Señor, yo no he llevado nada á nadie.

—Bien, ¿pero qué salario quieréis?

—¡Ah! cuando yo digo que no llevo nada, es porque aguardo á que me lo den.

—Eso es diferente; bien, ¿y en qué clase quieréis entrar en mi casa?

—En dos, señor; una sola me fatigaría mucho.

—Ya; vamos, amigo, eres un hombre alegre; eso es lo que necesito para echar de mí esta melancolía que padezco; y así te tomo á mi servicio.

—Y para asistir á vuestro entierro, si quereis también.

Quería un día Bobeché probar él mismo si una tabla que había hecho poner en su ventana podría sostener un tiesto de flores. Sentóse sobre ella, se rompió, se cayó de la altura de un primer piso, y se rompió un brazo.—De buena se ha librado mi tiesto, dijo, si lo llevo á poner sobre la tabla se hace mil pedazos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,  
calle de Sta. Teresa, núm. 8.